

El amor y la virtud

Paulina Rivero Weber

...es difícil hablar con exactitud en estos momentos... Pues el oyente que ha conocido los hechos y es benévolo, pensará quizá que la exposición se queda corta respecto a lo que él quiere y sabe; en cambio quien no los conoce pensará, por envidia, que se está exagerando, si escucha algo que esté por encima de su propia naturaleza.

Tucídides, *La guerra del Peloponeso*, II, 35.

En ocasiones el amor y la admiración no encuentran palabras para hablar de un gran hombre: surgen entonces los homenajes. En el fondo, todo homenaje sincero lo único que pretende expresar es algo muy sencillo: “te queremos, te admiramos mucho y estamos muy orgullosos de ti”. Hoy la Universidad Nacional Autónoma de México realiza este homenaje a uno de sus más distinguidos hijos y a nombre de mis hermanas y hermanos, quiero agradecer al doctor Narro y al doctor Graue la invitación que se nos extendió para participar en este homenaje a nuestro padre.

Como hija, se me ha pedido hablar de Octavio Rivero como padre. Para ello haré a un lado la educación para la expresión convencional de las emociones propia de la sociedad contemporánea y me apegaré únicamente a la franqueza emocional indispensable para hablar públicamente de un padre. Hablaré de las razones de los afectos que han rodeado a mi padre, pues éstas nos remiten a las virtudes privadas que han sido la base del hombre público que ustedes conocen.

Al revisar los escritos de mis hermanas y hermanos para plasmar en un solo texto nuestro parecer, me di cuenta de que lo que más nos ha marcado como hijos es una cierta concepción de la vida: aquélla que la entiende como una entrega disciplinada al trabajo y como un compromiso para seguir siempre adelante a pesar de sus avatares. En efecto, sus hijos aprendimos de

él que la vida es para trabajar con seriedad y aportar algo al mundo en que vivimos. También aprendimos a no darnos nunca por vencidos, sino después de cada problema retornar a la vida con entrega y con amor. Con ello nos ejercitamos en la más humana labor: la de volver a tejer siempre lo destejido aun con hilos deslavados o a medio romper, pues en eso consiste la humana existencia, en recrear a cada paso un alma nueva para vivir. Sólo quien ama de manera radical es capaz de dar una lección como ésta: mi padre nos enseñó a amar la vida con su placer y su alegría, pero también a amarla y aceptarla con su dolor o sus malos momentos: y ése es el



Octavio Rivero Serrano con su hija Paulina

verdadero amor a la vida.

Nosotros crecimos al lado de un hombre con un carácter muy fuerte y serio, pero a la vez generoso, justo y compasivo. Crecimos viéndolo trabajar con absoluta transparencia, integridad y entrega. Ésas son las virtudes privadas con las que se ha manejado como hombre público en diferentes cargos de poder y son las virtudes por las que no se enriqueció en ninguno de ellos ni abusó jamás del poder. Con ello aprendimos que el poder no debe ser nunca un medio para el crecimiento individual, sino un medio para el crecimiento de la Institución que otorga temporalmente el poder a uno de sus miembros para hacerla crecer. Y aprendimos también que somos lo que hacemos, y no lo que tenemos ni lo que parecemos. Y que nuestras acciones no quedan ahí como algo separado de la vida, sino que se incorporan a ella y pasan a ser parte de nuestro propio ser: son nuestras acciones las que nos definen. Por eso lo que tenemos, lo que aparentamos y hasta lo que pensamos, poco importa al lado de lo que hacemos. Ante el mundo actual, qué fundamental resulta que un hombre siga creyendo y ocupándose de ser y hacer y no de tener ni parecer.

Pero si tuviera que definir a mi padre por una cualidad esencial, diría que él es básicamente un hombre que ha amado. Ha sido su amor lo que le ha llevado a la generosidad de manera espontánea, a veces sin que siquiera él mismo lo note, como una copa de vino que al no dejar de llenarse se derrama hacia los que le rodean. De ahí viene todo lo demás: el compromiso, la disciplina y la generosidad que sus allegados y familiares conocemos de sobra. Por eso si la frase bíblica “tu amor te ha salvado” tiene algún sentido metafórico, él se ha salvado y, a su vez, también por eso ha sido tan amado; él mismo ha sido la causa de todo lo que los demás le hemos tratado de brindar para corresponderle. Porque el amor que salva, que cura, no es como suele creerse el que recibimos de otros, ni el que reclamamos a los demás. El amor que salva es aquél con el que somos capaces de responder ante los demás y ante nosotros mismos: eso, también, lo aprendimos de él.

Imposible resulta no mencionar aquí que de entre

todas las formas de entrega y amor una ha sido fundamental. Los seres humanos nos amamos y cobijamos unos a otros por diferentes medios: como hermanos, como amigos, amantes, padres o hijos. Y cuidamos con el mismo amor, animales, plantas, rocas o cualquier tipo de entidad que signifique algo para nosotros. El amor y el cuidado que mi padre ha tenido y sigue teniendo para con su familia lo extendió hacia esta entidad que es nuestra Universidad. Me siento profundamente orgullosa del Universitario que es mi padre y agradezco a la vida la oportunidad de verlo trabajar de cerca en épocas recientes en el posgrado de Medicina. Su actual labor en este posgrado pasará a la historia a través de maravillosos libros que cuestionan muy diversos aspectos de la ética y la realidad del quehacer médico y de la atención a la salud. Como hija, sólo después de la experiencia de trabajar cerca de él en el Seminario sobre Medicina y Salud, comprendo quién es el médico y el trabajador que por las noches regresaba cansado a casa. Mi respeto por su trabajo es ahora mayor que nunca, pues he constatado de manera vital su capacidad de compromiso y su inteligencia en acción: hoy sé con claridad por qué ha llegado tan lejos.

Para terminar, quisiera repetir las palabras que alguna vez le dije cuando discutíamos sobre posiciones políticas radicales que, como joven, yo albergaba. Son palabras que puedo repetir con convicción, y las dirijo a ti, padre: Si hubiera más hombres como tú en nuestro país, con tu honestidad y tu capacidad de trabajo, con tu inteligencia y bondad, no harían falta más protestas ni más revoluciones. Pero de todas las palabras una sería la fundamental: Gracias. Por todo lo recibido, gracias mil. Ser tu hija ha sido una verdadera aventura y un gran privilegio. El hombre que admiré de niña, sigue siendo mi héroe ¿no es esa una razón para estar feliz? Me cuesta trabajo creer que en verdad haya yo vivido lo vivido y me sorprende que haya tenido la suerte de tenerte como padre y de quererte como te quiero. El ejemplo de valentía para crecer, el ejemplo de valor para cambiar la vida cuando es necesario, el ejemplo de vitalidad, creatividad y alegría que tú nos has dado a todos tus hijos serán siempre lo que el cielo estrellado es para mí.

Si tuviera que definir a mi padre por una cualidad esencial, diría que él es básicamente un hombre que ha amado.